

Films de Amor

DEJAME PASAR LA NOCHE CONTIGO

NÚM
309



Jenny Jugo
Hermann Thimig

25
CTS.

GRÜNDGENS, Gustav

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona



Nº VII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 309

Eine Stadt steht Kopf 1932

Déjame pasar la noche contigo

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por la genil

JENNY JUGO

Narraclón de HARRY BALTYMORE

Producción CINE ALLIANZ

Exclusivas UFILMS

Balmes, 79

Barcelona

REPARTO:

Mary Peters.	JENNY JUGO ✓
Blohm.	Herman Thimig ✓
Putzy	Eva Smith

Szoke Szakall

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

En la suntuosa mansión de los señores Peters, se hallaban reunidos todos los invitados a la boda de Mary Peters, preciosa chiquilla de veinte años y heredera de la fortuna del señor Peters, quien en aquellos instantes celebraba con su futuro yerno, la última conferencia relativa a la dote de su hija.

Cuando más animados estaban el futuro esposo y su futuro papá, apareció un criado y el dueño de la casa le hizo callar diciéndole:

—¡No hables ahora!... ¡Cállate!

Al fin, después de algunos minutos y una vez terminados todos los detalles del contrato que entre suegro y yerno se formalizaba, aquél le dijo a su sirviente:

—Ya puedes hablar... ¿Qué pasa?

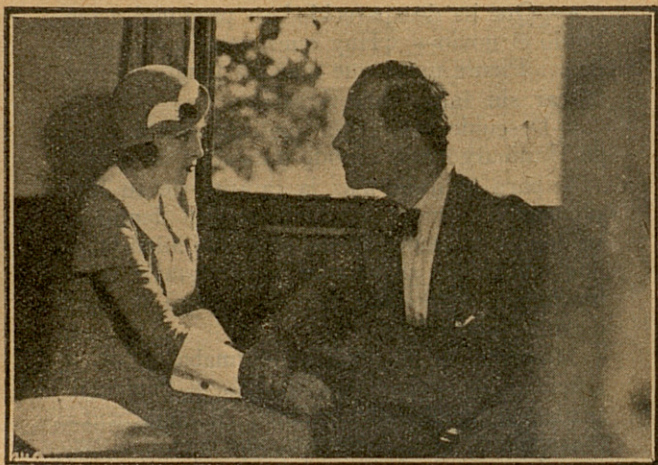
—Pues que la señorita Mary ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido? — preguntó asombrado el novio—. ¡Hay que buscarla en seguida!... Piense usted que mañana tengo que embarcar sin falta, para América.

—Descuide usted, que mañana estará Mary en Hamburgo, aun cuando me cueste un millón.

Y para facilitar más la captura de su hija, el señor Peters no se contentó con denunciar su fuga a las autoridades, sino que además todos los diarios publicaron la fotografía de la muchacha, ofreciendo por su captura la suma de mil francos.

Mientras en su casa se formaba el consiguiente revuelo con su fuga, Mary Peters, un verdadero diablillo con faldas, de ojos negros acariciadores y una boquita, que desde el primer instante incitaba a besarla, dormía tranquilamente en un coche de ferrocarril, camino de Berlín. Frente a ella iba un muchacho joven, guapo, elegantemente vestido y que como ella dormía también. Vigilando el sueño de los dos iba un tercer viajero en el pasillo del tren, que tan pronto se dió cuenta de que dormían los dos, se apoderó del bolso de la joven, sacó el dinero que contenía y después de guardárselo tiró el bolso a la vía. Un movimiento brusco del tren hizo despertar a Mary y al darse cuenta de que le faltaba el bolso, pensó que el único que se lo había podido quitar era el pasajero que viajaba con ella. Tan firme estaba en este pensamiento, que aprovechando



— ¡Esta vez ha tenido mala suerte!

el sueño de él, pretendió meter la mano en el bolsillo del otro, para recuperar su bolso. Mas al ir a hacerlo, el joven le cogió la mano y le dijo iracundo:

— ¡Mala suerte!... ¡Esta vez ha tenido mala suerte!

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó Mary sorprendida.

Pero su compañero de tren, siempre en igual tono, le dijo de nuevo:

— Parece mentira que siendo tan joven, tenga usted que ver con la justicia.

— ¿Está usted loco? — exclamó ella, cada vez más asombrada.

— ¿Querrá usted convencerme todavía que no es una vulgar ladrona? En cuanto llegemos a Berlín la entregaré a la policía.

— Usted está equivocado — replicó Mary—. Me han robado el bolso y creí que usted...

— Todo eso se lo contará usted al juez, cuando le pregunte. No le cabía duda de que su padre, tan pronto como hubieran notado su huida, habría dado cuenta a la policía para que la detuvieran y si esto sucedía, antes del día siguiente, tendría que casarse con aquel hombre a quien no quería.

No deie de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas,

SEGUNDA PARTE

Horas después llegaron a la estación de Berlín, cuando ya empezaba a hacer de noche y el joven, sin soltar la mano de Mary, la hizo descender del vagón y cogiéndole la maleta se la llevó del brazo, hasta poder encontrar un policía a quién entregársela. Al pasar por la cantina de la estación, Mary, que desde hacía muchas horas no probaba bocado, le dijo a su acompañante:

—Tengo hambre.

El fué a comprarle un bocadillo y Mary aprovechó el momento para abrir la maleta haciendo que cayese al suelo su contenido, y huir precipitadamente. Pero entonces se dió cuenta de que el billete y todos sus documentos se los habían robado con el bolso y la casualidad, en la persona de un señor que llevaba cinco hijos, le salió al paso, para salir de la estación. Se encogió cuanto pudo, para tener

la misma altura, que uno de los chicos y colcándose entre ellos pasó por delante del empleado, que la confundió con uno de los cinco chicos del viajero. Mas al llegar al último, el empleado llamó la atención del mismo diciéndole:

—Caballero, usted me ha dado billetes de cinco chicos y tiene seis hijos.

—¡Cómo que tengo seis hijos! — exclamó indignado el viajero—. ¿Acaso se cree usted que yo no sé los hijos que tengo?

—¡Pues yo le digo que tiene usted seis!

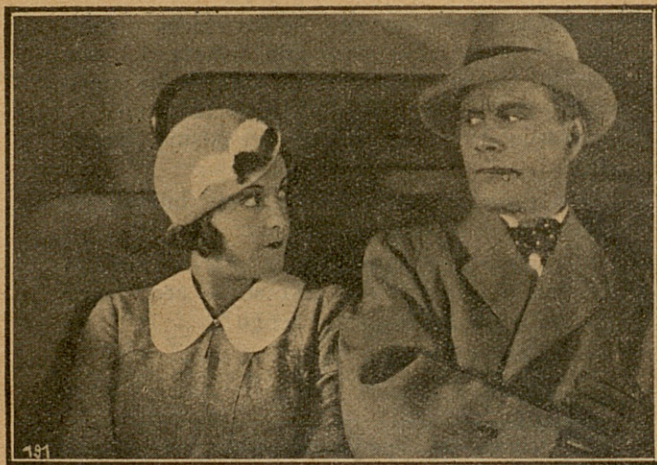
—Va usted a saber mejor que yo los hijos que tengo, ¡animal! — exclamó el otro.

Y resulta de aquella discusión fué que el padre de los cinco pequeños tuviera que ir detenido a la comisaría para responder de los insultos que le había dirigido al empleado de la compañía.

Mientras tanto, Mary, huyendo de su perseguidor se acercó a donde había automóviles parados y al ver de pronto que su compañero de viaje la buscaba, se metió precipitadamente en el interior del auto que estaba a su lado, para esperar allí a que el otro se marchara.

Al cabo de unos segundos el joven hizo una seña al chofer del coche donde se había metido esta y al poco rato el automóvil se paraba junto a él, diciéndole su conductor:

—Bienvenido, señor Blohm.



—¿Va usted a entregarme a la policía?

—Hola, Carl... ¿No has visto a la señorita Putzy?

—No ha venido, señor—respondió el chofer.

Blohm, sin esperar más se metió dentro del auto y al ver allí a Mary, exclamó al mismo tiempo que ésta daba un grito de sorpresa:

—¿Usted aquí?... Indudablemente, tiene mala suerte.

—¿Va usted a entregarme a la policía? preguntó humildemente la muchacha.

—Tengo otras muchas cosas que hacer an-

tes—respondió él—. Primeramente la llevaré a mi casa y después haré que la detengan.

Minutos después llegaron a la puerta de la casa de Blohm y éste se apeó del coche seguido de Mary, que entregó su maleta al chofer diciéndole:

—Pásela usted dentro.

El chofer se la quedó mirando extrañado y al ver que entraba con su señor en la casa exclamó:

—¡Es el colmo!... ¡Un hombre que se va a casar y mete en su casa a otra mujer!

Blohm, sin preocuparse de la joven, se metió en su despacho y su secretario que lo esperaba, le ofreció todos los documentos que tenía que firmar. Mientras lo hacía, Mary, con una curiosidad infantil se puso a inspeccionar toda la estancia hasta que descubrió un jarrón, en el que había un retrato de mujer, que era el de la novia de Blohm. Ante aquel descubrimiento, llamó la atención del joven preguntándole:

—¿Esta es su novia? Pues, no vale gran cosa.

—¿Le importa a usted mucho? — preguntó de mal talante él.

—A mí nada... Después de todo, de gustos no hay nada escrito.

Terminó de firmar la correspondencia y Mary vió en la habitación contigua una mesa con dos cubiertos y exclamó:

—¿Ha hecho usted también servir un cubier-

to para mí?... ¡Qué galante!... ¡Y con el hambre que tengo!

Blohm, sin responderle cogió el teléfono y llamó a la Comisaria de policía. Mary corrió a cortar la comunicación y le suplicó:

—¡Por Dios, no avise usted a la policía, hasta mañana! Déjeme pasar la noche aquí.

—¿Por qué no quiere que avise a la policía hasta mañana? — preguntó Blohm dejando el teléfono.

—Porque yo no soy la que usted se piensa. Me escapé de mi casa para no casarme con un hombre que no quería. El debe embarcar mañana para América y así me verá libre de él.

—¿Cree usted que voy a creerla? — exclamo Blohm—. ¿Por qué dice tantas mentiras?

—Pero si es la verdad—respondió Mary, sentándose desesperada, al ver que no la creía.

Blohm se la quedó mirando fijamente y al fin volvió a decirle:

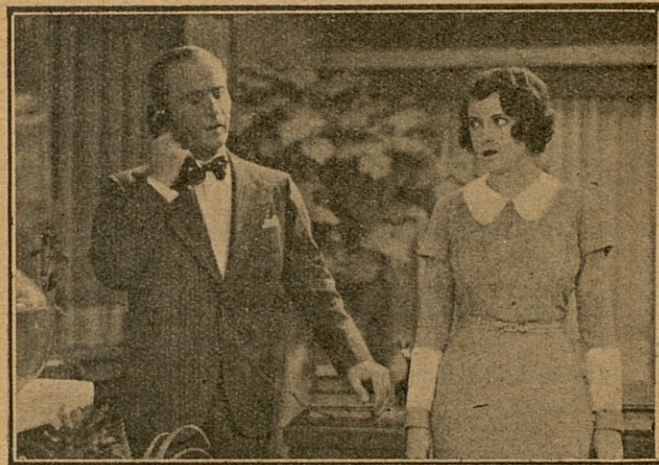
—Parece mentira que sea usted tan bonita y diga tantas mentiras. Diga definitivamente la verdad y no avisaré a la policía.

Mary comprendió que para que la dejase tranquila no tendría más remedio que mentir y exclamó:

—Bueno, sí... Soy una ladrona.

—¿Lo ve usted?... ¿Ve usted cómo no me había equivocado?

En aquel instante entró la criada y Blohm le preguntó:



— ¡No avise a la policía!

—¿Qué hay, Paula?

—La señorita Putzy está ahí.

—Dígale que pase—respondió Blohm.

Y en cuanto desapareció la criada, recogió apresuradamente la maleta de Mary, cuyo contenido estaba esparcido por el suelo y obligó a la joven a entrar en la habitación de al lado diciéndole:

—Estése usted aquí, pero sin rechistar... ¡Que no se oiga una mosca!

Fué a salir, pero al darse cuenta de que so-

bre la mesa del escritorio había varios objetos de plata, los recogió apresuradamente y los encerró en el cajón para evitar que Mary pudiera llevárselos.

Una vez hecho esto salió al comedor, en el mismo instante que entraba Putzy, la que abrazándolo le dijo:

—Perdóname, Buby... Llegué tarde a la estación.

Miró la mesa y exclamó cariñosamente:

—Oh, cuántas cosas has preparado para tu Putzy... Pienso hacerles bien los honores y no voy a dejar nada de la cena.

Mary, que oía por detrás de la puerta, al sentir que Putzy se iba a comer todo y ella no había probado bocado, dió un golpe en la puerta, que hizo a Blohm que se tragara de un golpe de bocado que tenía en la boca. Se acercó a la puerta de la habitación y un nuevo golpe dado por Mary, hizo exclamar a Putzy:

—¿Qué es eso?

—Ha sido un golpe que me he dado con el codo—respondió él—. No tiene importancia. Pero en seguida repitió Mary y otra vez la novia inquirió, respondiendo Blohm precipitadamente:

—Es el eco del golpe.

Se sentaron otra vez a la mesa y Putzy se dió cuenta de que en el suelo había un salto de cama de encajes y le preguntó:

—¿Y esto, de quién es?

—Pues es... verás... esto es... de Paula—terminó diciendo al ver que entraba la criada a la que entregó la prenda exclamando:

—Paula, ya le he dicho muchas veces que no me gustan ver sus prendas por aquí esparcidas... ¡Déjelas en su habitación!

La criada recogió el salto de cama, pensando que su amo quería evitar una explicación y salió nuevamente del comedor, después de haber servido un nuevo plato.

Mary, aburrida de verse sola, vió una gramola y pensó distraerse tocándola. Puso un disco y Putzy exclamó sorprendida al oír la música:

—¿Qué significa eso?

—Es... pues... es mi secreto — respondió Blohm—. Lo guardaba para cuando tú cenas con nosotros.

—¡Qué bueno eres! — le dijo mimosamente Putzy—. Pero piensa que tenemos que darnos prisa. Hoy es la fiesta de la Baronesa y estamos invitados a ella.

—Es verdad, no me había dado cuenta—respondió Blohm. Pero de lo que sí se dieron cuenta los dos fué del estruendo que se armó en la habitación donde estaba Mary al caerse de una silla, sobre la gramola. Putzy abrió apresuradamente la puerta y al ver allí a la muchacha, se encaró con su novio diciéndole:

—¿Con que este era el altavoz que guardabas?

Mary miraba curiosamente a la novia de

Blohm, la que dirigiéndose a ella le dijo autoritaria:

—¡Salga usted de aquí inmediatamente, desvergonzada!

La muchacha miró a la joven y después al jarrón que había sobre la mesa y exclamó:

—¿Con que usted es la Putzy?... ¡Pues ya no hay más Putzy!

Y le arrojó a los pies el jarrón con las flores que contenía, derramando toda el agua sobre el vestido de Putzy, que gritó desesperada:

—¡Mira cómo me ha puesto!... ¡Me ha mojado todo el vestido!...

Se lo quitó apresuradamente, para impedir que le calase las ropas internas y cubriéndose con el abrigo que había traído, salió indignada de la casa, mientras que Blohm le decía a Mary:

—¡En bonito lío me ha metido usted!... Ahora mismo telefonaré a la policía.

Mary lo miró cariñosamente y le dijo, recordándole su promesa:

—Yo creí que un caballero cumplía siempre su palabra.

—Está bien—respondió cada vez más indignado Blohm, por la intromisión de aquella mujer, que parecía el mismo demonio, por sus locuras—. Pero mañana la mandaré a la Comisaría.

—¿Entonces me dejará pasar la noche aquí?

—Eso es lo que usted quisiera, pero me la llevaré.

El teléfono sonó insistentemente y Blohm se puso al habla preguntando:

—¿Quién es?

—Soy la Baronesa, Blohm... No olvide usted que hoy es la fiesta y que le esperamos... Tenemos muchos deseos por conocer su novia.

Blohm dirigió una mirada foribunda a Mary y respondió:

—Lo siento mucho, Baronesa... No sé si podrá ir mi novia... Se encontraba algo indispuesta, pero procuraré alentarla para que vaya. Yo le prometo mi presencia.

Dejó el aparato y llamó a Paula, para que le sacase su frac y poderse vestir, para asistir a la fiesta de la Baronesa.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio:
UNA pta.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

TERCERA PARTE

Mientras que Blohm se vestía, Mary recogió todos los trozos del jarrón y con la goma que había en la mesa del despacho los pegó, lo mejor que pudo y formó nuevamente el jarrón.

Media hora después, cuando Blohm estuvo vestido y bajó al comedor se encontró a Mary que se había puesto el vestido de Putzy y que con un ventilador se lo estaba secando. Ante la extrañeza de él, Mary le dijo señalando al vestido:

—¿Ve?... Ya está seco... Ya puedo ir con usted donde quiera. ¿Quién le ha puesto tan mal el lazo?

Se acercó a él mimosamente y le arregló el lazo de la corbata. Blohm se dejaba hacer, aunque interiormente no podía disimular su nerviosidad, al ver lo entrometida que era aquella mujer, que por otro lado no podía negar que era adorable.

Sobre la mesa había quedado una pala de

recoger dulce y Mary la tomó distraídamente. Inmediatamente se la quitó Blohm, ante el temor de que pudiera quedársela y le dijo:

—¿Quiere usted venir conmigo, verdad?

—Sí — respondió ella—. Me gustaría conocer la alta sociedad de aquí.

—Pues vamos—terminó diciéndole él.

Bajaron al piso inferior donde estaba la criada y Mary, como si aquella fuese su casa, le dijo al momento de salir:

—Paula, apague usted la luz del comedor.

Momentos después, los dos jóvenes se dirigían hacia la casa de la Baronesa, sin que se digieran palabra por el camino. Al llegar ante la puerta, Blohm se apeó apresuradamente del coche y cerró la portezuela con llave dejando allí encerrada a Mary. Le entregó la llave al chofer y le dijo:

—Que no salga de ahí esta muchacha.

—Está bien, señor.

La pobre Mary, desesperada al ver que la había dejado encerrada empezó a dar gritos pidiendo socorro, pero el chofer, sin hacerle caso, sonreía burlonamente, hasta que sacó un panecillo del bolsillo y se puso a comer tranquilamente. Mary, al ver comida, se le fueron los ojos tras aquel bocadillo y llamó a los cristales diciéndole al chófer por señas que le diera de comer. Pero él, sin tomar en consideración el hambre que tenía la joven, se echó a reír nuevamente y Mary escribió con el dedo sobre el

cristal de la ventanilla, un insulto que decía: "IDIOTA". Apenas había terminado de escribirlo, tuvo que esconderse en el coche porque un policía que pasaba se quedó leyéndolo y mirando al chófer, como si fuera éste quien lo había escrito y con la intención de dirigírselo a él.

Mientras esto sucedía en la puerta de la casa de la Baronesa, Putzy había ido en busca de un policía para que le acompañase a casa de su novio y reclamase el vestido que había dejado allí. El policía preguntó a la criada si conocía a aquella mujer y ésta respondió afirmativamente.

—¿Es cierto que se ha dejado aquí un vestido? — preguntó otra vez el agente de la autoridad.

—Yo no sé nada—respondió Paula.

—Pero, ¿no ve usted que estoy en ropas menores? — exclamó Putzy—. Me tiró el jarrón haciéndolo añicos.

El policía miró hacia la mesa y al ver allí el jarrón, exclamó:

—Usted nos ha querido tomar el pelo, señora y por molestar a la policía, tiene usted una multa de cincuenta marcos.

—¡Es usted un estúpido! — exclamó indignada Putzy.

—Por insultos, tiene otra multa de ochenta marcos, señora — respondió tranquilamente el policía, saliendo de la casa y dejando allí a Putzy, que le pidió a Paula:

—Présteme usted diez marcos... No tengo para pagar el taxi.

—A usted, ni un céntimo—respondió Paula que conocía de sobras a Putzy.

Ésta salió indignada, después de enterarse de que su novio había ido a casa de la Baronesa.

Mary seguía rogando al chófer que le abriera, pero éste seguía en su indiferencia, hasta que vio que la joven, después de haber revuelto cuanto había dentro del coche, le enseñaba su carnet y le hacía señas de romperlo, si no le abría la puerta. En vista de que estaba a punto de cumplir su amenaza, Carl, se apresuró a abrirla y ella saltó rápidamente guardándose el carnet en el pecho. El chófer intentó detenerla y Mary comenzó a gritar pidiendo auxilio. El mismo policía que había leído la palabra "idiota" colocada en el cristal del coche se apresuró a defender a la joven y detuvo al chófer diciéndole:

—¿Qué quiere usted con esta joven?

—Me quería robar—respondió Mary.

El policía miró insistentemente al chófer y le dijo:

—Desde el primer momento que te vi, me pareciste sospechoso... ¿Dónde está el carnet?

—Lo tiene ella—respondió el chófer.

—¡Miente! — exclamó Mary —. Este hombre no es chófer, ni mucho menos... Se ha vestido así para poder robar más fácilmente.

Y a pesar de todas sus protestas, el pobre Carl tuvo que ir detenido a la Comisaría, mientras que Mary entraba tranquilamente en la casa de la Baronesa.

Lo primero que vió al entrar fué una mesa espléndidamente servida y se acercó a ella con ánimos de mitigar el hambre que tenía, pero antes de que pudiera hacerlo se le acercó la misma Baronesa y le preguntó:

—¿Busca usted a alguien?

—Sí — respondió ella —. Busco al señor Blohm.

—¿Es usted su novia?... ¡Qué alegría!... Nos había dicho que estaba usted enferma...

—No me encontraba muy bien—respondió Mary—. Hace muchas horas que no he comido.

La Baronesa llamó a una criada para que sirviera a Mary y mientras ésta se “hinchaba” materialmente comiendo, la aristocrática dama, fué en busca de Blohm a quien le dijo:

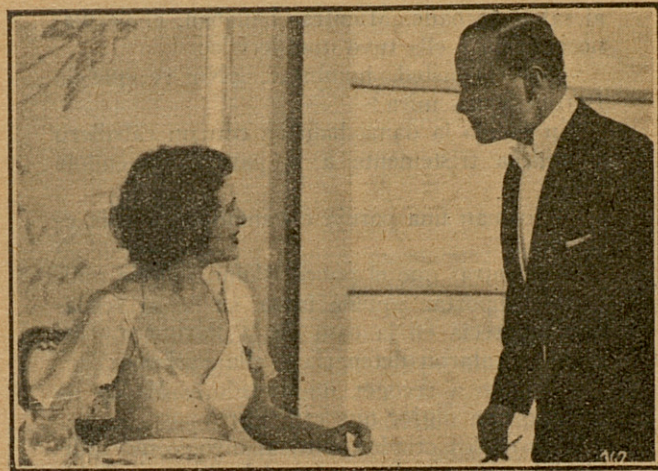
—He tenido el gusto de saludar a su novia... Le aguarda en el comedor.

Blohm fué precipitadamente hacia el comedor y al encontrarse con Mary, exclamó extrañado:

—¿Qué hace usted aquí?

—Comiendo — respondió Mary, sonriendo tranquilamente—. ¡Hay que ver el hambre que tenía!...

—¡Ahora mismo se va usted de aquí! —exclamó Blohm cogiéndola violentamente por un



—¿Qué hace usted aquí?

brazo, pero al darse cuenta de que venía la Baronesa, con otros invitados, cambió su actitud por una fingida sonrisa, al mismo tiempo que la dama le decía, presentando a los jóvenes:

—Aquí tienen ustedes a los próximos esposos... ¡No me negarán que se ve que están enamoradísimos!

Blohm sonrió y para no tener que sufrir más tiempo aquella situación, se llevó a Mary

al salón de baile. Mientras bailaban, él permanecía serio y ella tuvo que decirle:

—Sonría usted, hombre... ¿No ve que la Baronesa nos mira?

En efecto la dama hablaba con un caballero y miraba tristemente a la pareja, diciéndole a él:

—Forman una pareja encantadora... Ella es preciosa.

Y mientras que el pobre Blohm se veía obligado a soportar aquella farsa, su novia verdadera aparecía en la casa de la Baronesa. Los criados trataron de detenerla y ella exclamó:

—Vengo a recoger mi vestido... Me lo ha quitado una mujer que está aquí.

Uno de los criados miró al otro, como indicándole que aquella mujer debería estar bebiendo y para evitar que siguiera gritando le dijo:

—Venga usted conmigo que la llevaré donde está la Baronesa.

La cogió por un brazo y cuando se dió cuenta Putzy se encontró en la puerta de la calle, exclamando:

—Por aquí se va a la calle.

—¡Por fin ve usted claro! — exclamó el criado dándole un empujón y cerrando la puerta tras él.

CUARTA PARTE

Ya había olvidado casi por completo Mary la persecución de que era objeto por parte de la policía, cuando la Baronesa llamó a los dos jóvenes y presentando al caballero que la acompañaba les dijo:

—El señor es el jefe superior de policía.

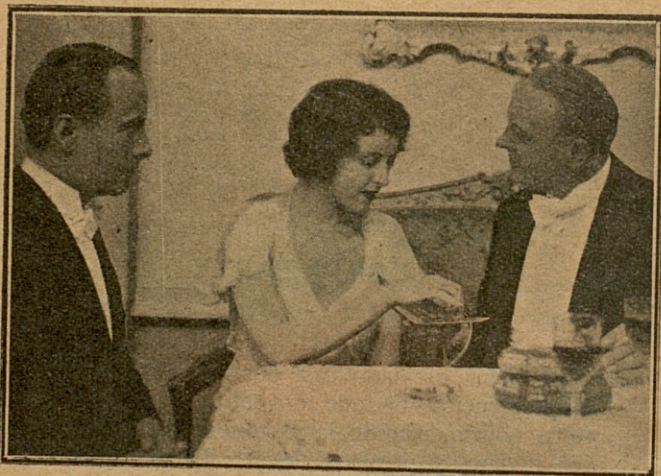
Mary se agarró a Blohm y sin saber lo que hacía gritó:

—Sigamos bailando.

—Pero si no toca la música—respondió extrañado el jefe de policía.

Les invitó a sentarse en una mesa que había vacía cerca de ellos y Mary con el alma en un hilo siguió a aquel hombre, pensando que se trataba de su detención. Para mayor confirmación de sus temores, el jefe de policía les presentó a otros dos caballeros diciéndoles:

—Les presento a dos comisarios de policía... Son mis mejores auxiliares.



Ofreció un cigarrillo a Mary.

Blohm se hallaba nerviosísimo. Estaba seguro de que lo que pretendían aquellos hombres era detener a Mary, por alguno de sus robos y el jefe, sin darse cuenta de la intranquilidad de ambos sacó una pitillera de plata y ofreció un cigarrillo a Mary.

Esta recogió el cigarro y el jefe de policía dejó la pitillera sobre la mesa, de la que, distraídamente se apoderó Mary. Inmediatamente se la quitó Blohm y se la devolvió a su

dueño, antes de que Mary, según él, pudiera guardársela.

El jefe de policía se quedó mirando fijamente a Mary y le dijo:

—No sé, pero me parece que yo la he visto antes de ahora.

—No es extraño — respondió la muchacha—; me suelen fotografiar con mucha frecuencia... Tal vez me haya usted visto en retrato.

Blohm estaba cada vez más admirado de la serenidad de la joven. El pobre muchacho sudaba a más no poder, ante la situación en que se encontraba y finalmente el jefe de policía, exclamó levantándose:

—Lo sentimos mucho, pero tenemos que marcharnos.

—Ya no les cupo duda a ninguno de los dos que venían para detener a Mary y Blohm le suplicó al jefe:

—Yo le ruego que no se dé cuenta la Baronesa.

—Lo haremos discretamente. Saldremos sin que nadie nos vea—respondió el policía marchando hacia la puerta seguido de Mary. Al ir a abrirla y ver que estaba tras él la muchacha, le preguntó extrañado:

—¿También usted se va? ?

Mary comprendió que no la habían reconocido y preguntó:

—¿Qué hora tiene usted?

—Es temprano todavía. Son las diez — respondió el jefe de policía.

—Entonces me quedo—exclamó Mary, volviendo nuevamente al salón.

Blohm había salido a la terraza a respirar un poco de aire, cuando sintió de pronto un grito. Corrió apresuradamente al salón y oyó a la Baronesa que se exclamaba de que le habían robado el collar. Inmediatamente pensó que nadie podía haber sido más que Mary y la cogió por una mano, llevaándose la a un lado.

Uno de los invitados, dándose cuenta de la exclamó:

situación violenta en que se encontraban todos.

—Señores, yo creo que lo mejor es que el que haya robado la joya la ponga en esta bandeja, durante el tiempo que esté la luz apagada.

Dió orden de que apagasen la luz y cuando se encendió nuevamente, no solamente no había aparecido la joya, sino que tampoco estaba allí la bandeja de plata.

Blohm, seguro de que todos aquellos robos habían sido hechos por Mary, la cogió por una mano y se la llevó al comedor diciéndole:

—¡Entregue usted el collar y la bandeja!

—Pero, ¿usted está loco? — exclamó ella—. Yo no he robado nada.

El silbato de la policía que llegaba les hizo ver la situación más difícil y Mary antes que

verse nuevamente ante la policía, saltó por la ventana al jardín de la casa.

En él se encontró con Putzy, quién al verla se abalanzó sobre ella y le quitó su vestido dejando a la pobre muchacha en ropas menores.

Cuentos de colores

Colección
amena y
sugestiva

Cuentos verdes

(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Cuentos de colores

Colección
amena y
sugestiva

Cuentos verdes

(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis